
RESEÑA DE LIBROS

BENETTI, C. *Valeur et Répartition*, Presses Universitaires de Grenoble-F. Maspero, 1974.

BENETTI, C., C. BERTHOMIEU, J. CARTELIER. *Economie Classique, Economie Vulgaire*, Presses Univ. de Grenoble-F. Maspero, 1975.

CARTELIER, J. *Surproduit et Reproduction*, Presses Univ. de Grenoble-F. Maspero, 1976.

Estas tres obras, que designaremos por sus abreviaturas *VR*, *EC* y *SR* respectivamente, comparten los siguientes rasgos. En primer lugar, una concepción general de la historia del pensamiento económico entendida como un medio para comprender qué es lo que fundamenta la unidad de la teoría económica, así como su pretensión de cientificidad. El énfasis se hace aquí, sobre la constitución de la teoría económica y sobre la construcción de su objeto: de Cantillon y Petty a Ricardo y Malthus, ¿qué es lo que nos permite hablar de los primeros como “precursores” o de colocar en un marco único las posiciones opuestas de los dos últimos? En segundo lugar, estos tres autores conciben la historia del pensamiento económico como un análisis de la continuidad y rupturas en el seno de la teoría económica, en la formulación de problemas y en las soluciones propuestas. Si existen preguntas generales que corren a lo largo de toda esta disciplina, hay en cambio una serie de respuestas particulares que traducen una concepción determinada de la economía: desentrañar la especificidad de estas respuestas particulares es criticarlas. De esta manera, la historia del pensamiento económico no puede estar separada del desarrollo teórico contemporáneo.

Esta concepción de la historia del pensamiento económico ha estado influida por la obra de Piero Sraffa. En efecto, en éste se encuentran los aspectos de ruptura y continuidad a los que se alude arriba; y dicha historia ha desempeñado una función vital en su enfoque, ha formado parte de su aportación teórica. El contraste con la visión que tradicionalmente se tiene de la historia del pensamiento económico es completo: no se le concibe como un simple estudio de la sucesión cronológica de diversas teorías, ni como la sucesión siempre hacia el “progreso” de instrumentos analíticos cada vez más perfeccionados (que Schumpeter consideraría como ideológicamente neutrales).

En esta reseña, una primera serie de observaciones tiene por objeto explicitar algunas de las grandes líneas del método y la concepción de la

investigación teórica de estos tres autores. La segunda serie de comentarios se concentra en la compleja red de relaciones que mantiene Marx con la economía política y el punto de vista de estos autores al respecto.

Método de investigación e historia del pensamiento económico

Existe detrás de estos trabajos una concepción de la ciencia en la que la figura de Gaston Bachelard ha dejado una marca profunda. Dicha influencia se deja sentir en lo que concierne a la separación entre el sujeto de conocimiento y un objeto autónomo e independiente, y por lo tanto en lo que concierne a la relación entre teoría y experiencia. En este marco de referencia, el trabajo científico excluye una trayectoria que va desde la formulación de hipótesis a la verificación o confrontación con el mundo empírico. Importa enfatizar que desde esta perspectiva, no hay "acceso al mundo real" de manera inmediata; solamente se llega a él a través de un esfuerzo analítico, a partir del momento en que se comienza a discurrir sobre él. La experiencia no es más que una faceta de todo el proceso de conocimiento en que el investigador "forma" su visión del mundo exterior: su experiencia es el resultado de una organización teórica del "mundo real". En dicha organización están implicados todos los principios teóricos que le permiten discurrir sobre el "objeto" (y discurrir de una manera particular). Por ejemplo, en la experiencia de la medida de dos objetos heterogéneos interviene un instrumento de medición; en él se encuentran concentrados los principios teóricos que permiten pensar la conmesurabilidad de estos dos objetos, o lo que es equivalente, lo que autoriza a pensarlos en cuanto elementos de un espacio común, de una dimensión que comparten: el peso, la densidad o el valor.

Esto tiene que alterar el criterio de científicidad de un cuerpo teórico. En parte porque ya no puede pretender derivar su validación (y la necesidad de su constitución) a partir de la existencia postulada a priori de un objeto de conocimiento independiente y autónomo. Pero además, la confrontación con la realidad ya no puede entenderse de la manera trivial que impone el empirismo hoy en día en tantos aspectos de la investigación. (Basta considerar que si se tuviera acceso a la realidad de manera inmediata, la tarea científica sería redundante). Si la correspondencia con el mundo real es una noción sin sentido, adquieren entonces gran importancia la coherencia lógica y el significado teórico de los conceptos y categorías utilizadas. Es en este plano en el que puede ser examinada y evaluada la "verdad" teórica del economista.¹

Lo anterior no quiere decir que ese plano teórico no está en relación con una práctica social. Al contrario, es precisamente dicha práctica social la que permite la elaboración de conceptos y su desarrollo: el intercambio generalizado de mercancías y la evaluación en "precios"; la distribución del excedente en términos de su "valor" y de una "tasa de ganancia"; la entrega de tiempo de trabajo a cambio de un "salario"; etc. Se pretende construir la teoría económica de esta sociedad, no de la de las abejas o de

¹ Es interesante recordar la preocupación de Sraffa por la lógica proposicional y el lenguaje, como lo demuestra su relación con Wittgenstein. Algunas indicaciones generales sobre esta relación poco estudiada se encuentran en A. Roncaglia, *Sraffa e la teoria dei prezzi* (Roma-Bari, Laterza, 1975).

la antigüedad clásica. El objeto de la teoría económica está entonces vinculado a esta práctica social, pero es al mismo tiempo el resultado de una conceptualización en la que se han puesto en movimiento los principios teóricos fundamentales de lo que será dicha disciplina. En otras palabras, el nacimiento de la teoría económica está ligado a la construcción de su objeto (construcción lógica), misma que sólo es posible a partir de una cierta práctica o vida social. Un ejemplo es el concepto de mercado, cuya determinación está en función de la teoría de los precios, pero que es imposible de concebir fuera del marco de una sociedad en la que prevalece el intercambio de mercancías (y por ende, la evaluación en una medida común).

Es en este marco general que debe ser interpretada la alusión que hacen estos tres autores a la crítica de las categorías de la economía política. En estos trabajos no se formula una crítica sobre la base de "falta de realismo", ni de empirismo exagerado: este tipo de críticas constituyen una manera errónea de situarse frente a la teoría económica debido a las razones arriba apuntadas. La crítica es vista como un procedimiento susceptible de convertirse en un desarrollo teórico, como producción teórica. Dicha producción teórica está implícita en el objetivo de rebasar el alcance limitado de los principios y categorías de la economía política. Ahora bien, para poder contemplar la posibilidad de rebasar una serie de categorías o conceptos, es indispensable delimitar el alcance y límites de los mismos; para ello, es necesario establecer su significado teórico preciso. Esto no siempre ha sido un ejercicio fácil.

En el desarrollo de la teoría económica los ejemplos abundan de casos en los que el significado de algún concepto es entendido incorrectamente o confundido con una noción extraña que lo envuelve. Así, a partir de la crítica de Ricardo a la teoría del valor expuesta en la *Riqueza de las Naciones*, se convirtió en algo tradicional (y Marx no constituye una excepción) el atribuirle atribuirle a Smith el error de mantener dos teorías distintas del valor, separadas en una simple secuencia temporal: en el estado "rudo y primitivo de la sociedad" el valor estaría determinado por el tiempo de trabajo (incorporado), mientras que a partir de la acumulación de capital y de la apropiación de la tierra el valor estaría determinado por la cantidad de trabajo que un bien estaría en medida de comprar u "ordenar". En *SR*, Cartelier señala que no es necesario adjudicarle a Smith una concepción del valor en términos de trabajo incorporado para alcanzar sus conclusiones respecto al estado primitivo de la sociedad. Precisamente en las condiciones lógicas de ese estado, en donde todo el producto neto corresponde a los trabajadores, se verifica la conclusión según la cual el producto neto constituye la "recompensa natural o el salario del trabajo"; o sea, una conclusión conforme a una concepción del valor como poder de compra sobre el trabajo: la totalidad del producto neto puede comprar la totalidad del trabajo. La determinación del valor en ese estado de la sociedad es un caso particular de la única concepción del valor de Smith. (Otro ejemplo notable de este tipo de confusiones es el de la interpretación de la teoría de la renta diferencial de Ricardo en función de una teoría marginalista. No es necesario insistir en las incompatibilidades entre las nociones de excedente y de remuneración de los "factores" de

la producción para demostrar que no existen las bases para emprender una lectura de la teoría ricardiana como caso particular, y aún como precursora, de la teoría marginalista.)

El procedimiento que subyace en el enfoque de estos investigadores gira alrededor de un eje principal que puede resumirse como sigue: solamente después de hacer inteligible un concepto dentro del espacio lógico que le corresponde es posible emitir un juicio sobre su alcance o sobre la coherencia lógica de ese espacio. Es obvio, y sin embargo se olvida con demasiada frecuencia, que el presupuesto lógico de un juicio crítico es la inteligibilidad de lo que es juzgado. Detrás de este eje central está un trabajo minucioso de reconstrucción de un discurso teórico que no siempre hace explícitas sus premisas e hipótesis. En algunos pasajes, autores como Smith o Ricardo han presentado un conjunto de enunciados aparentemente desarticulados, confusos o superficiales. Se les puede considerar como un catálogo de opiniones, o de afirmaciones no demostradas; en este caso el análisis ya no tiene nada que hacer y esa parte de la obra puede descartarse por no tener importancia para la teoría. Pero si esas afirmaciones están vinculadas, en el texto mismo, con alguno de los aspectos teóricos de dicha obra, es indispensable reconstituir el sistema de interrelaciones lógicas que le proporcionaría algún significado a ese texto.

Los caminos a seguir son múltiples. Uno de ellos consiste en aceptar como válidos los resultados o conclusiones a las que llega un autor; a partir de esto se busca reconstruir las condiciones que los hacen válidos: éstas son sus condiciones de inteligibilidad. (Así, en el caso de Smith ya mencionado, se demuestra que las condiciones de inteligibilidad de un enunciado teórico no están reñidas con los principios de la teoría del valor de dicho autor, precisamente a partir de las conclusiones de Smith.) Un camino alternativo es el de tomar como punto de partida las premisas y las hipótesis (en algunos casos habrá que explicitarlas) y desarrollar el razonamiento hasta comprobar que se llega al mismo resultado . . . o a conclusiones opuestas. Este tipo de enfoque, si se acompaña de un análisis riguroso, permite establecer los límites de una teoría a partir de lo que se considera como un "dato" (conocido), y por lo tanto como no susceptible de ser explicado por la teoría; se puede desentrañar cómo un discurso teórico se puede cerrar las puertas a la inteligencia de un fenómeno a partir de las restricciones que le imponen sus propias premisas; o cómo se incurre en razonamientos circulares presuponiendo la solución a un problema en la manera misma de formularlo o en las premisas que antecedente el análisis.

Un aspecto muy importante de este procedimiento es el del "respeto" al texto inicial, en su objetivo y en su marco general de referencia. En el curso de la reconstrucción de un discurso teórico es fuerte la tentación de adjudicarle un giro que no le corresponde, introduciendo todo tipo de distorsiones. La lectura que así se puede operar conduce ineludiblemente a conclusiones ajenas a las que propone el autor en cuestión. Es indispensable entonces cuidar de no introducir hipótesis o condiciones distintas, o lo que es más grave, intolerables para el espacio lógico que se pretende analizar. Por ejemplo, en *SR* Jean Cartelier hace una interpretación del *Tableau* de Quesnay en términos de un sistema de precios de producción. La base de esta interpretación es la heterogeneidad del excedente físico de la

agricultura: dicho excedente debe a fortiori ser representado como un vector que contiene un elemento negativo (en realidad es difícil interpretar dicho componente negativo como parte del excedente: lo que representa es más bien la heterogeneidad de insumos de la agricultura que en el sistema de Quesnay utiliza instrumentos y herramientas proporcionados por la llamada clase estéril); en consecuencia, la productividad en valor de la agricultura no puede ser analizada independientemente de un sistema de precios. Pero se requiere además explicitar una "regla de distribución" del excedente, ya sea en términos de atribuir su totalidad a los propietarios agrícolas, ya sea considerando que existe una relación (proporcional) entre el monto del capital adelantado y el monto recuperado. Aquí interviene el aspecto negativo de la introducción de hipótesis o principios ajenos al texto analizado. Es cierto que aquí se respeta la regla postulada por Quesnay y sus discípulos sobre la distribución, o más bien, la adjudicación del excedente. Pero la interpretación en términos de un sistema de precios de producción equivale a forzar la visión fisiocrática del "reino agrícola", en el cual no se puede generalizar un concepto de capital; o sea, una sociedad en la cual la racionalidad detrás de la distribución del excedente no puede expresarse con relación a cada una de las ramas de la producción. (Aquí también las interpretaciones de Marx sobre la presencia de la plusvalía en Quesnay han sembrado la confusión. Sorprende la lectura que hace Marx si se tiene en cuenta que, según él, en la construcción fisiócrata el excedente es aprehendido en términos físicos exclusivamente, en la agricultura.) Para finalizar con este ejemplo, conviene señalar que hay un aspecto positivo derivado de la introducción de lo que hemos llamado "hipótesis intolerables": se puede observar en qué momento se rompe la unidad lógica de un discurso teórico. De esta manera, el intento de plasmar las tesis fisiócratas en un sistema de precios de producción permite aclarar el alcance histórico y lógico de esta concepción, así como su definición precisa en cuanto "precursora" de la teoría económica.

En el fondo, la obra de Cartelier puede ser considerada como un estudio de la continuidad en el interior de la economía clásica (y de sus precursores, Cantillon, Petty, Steuart y los fisiócratas) utilizando un sistema de precios de producción en el cual los salarios forman parte del capital adelantado. Es interesante observar cómo los problemas de interpretación son mayores al pasar de Quesnay a Smith. Al estudiar la distinción desarrollada por este último entre capital fijo y capital circulante, Cartelier concluye señalando que Smith ignora el aspecto valor de cambio del capital y sólo retiene el elemento valor de uso. Es cierto que el capítulo primero del Libro II de la *Riqueza de las Naciones* contiene una ambigüedad pues al formular la distinción Smith no define el período de circulación en términos económicos; la distinción entre las máquinas y la materia prima depende íntegramente de sus diferencias materiales o de su articulación técnica en la producción, lo cual no constituye una distinción pertinente desde el punto de vista de la teoría económica. En cualquier caso, dicho capítulo y la influencia de la concepción ricardiana del capital son una invitación casi irresistible para "encontrar" en Smith una idea del capital como conjunto de medios de producción o el precio de ese conjunto. Sin embargo, nada puede alterar el hecho de que para Smith el capital se define como un fondo que permite a su propietario la obten-

ción de un ingreso (mismo que está en función del valor de ese fondo como Smith lo indica en el capítulo sexto del Libro Primero). En consecuencia, no se puede colocar a Smith dentro de una teoría de la producción ricardiana bajo pena de romper la homogeneidad lógica de su teoría económica: ni sus conceptos de trabajo o capital lo permiten (de la misma manera que su teoría de los precios es incompatible con una interpretación en términos de curvas de oferta y demanda).

La relación entre Marx y la economía política

A lo largo de estos tres libros se encuentra una preocupación por analizar la muy problemática relación de Marx con la economía política. Dicha relación es problemática en buena parte por las confusiones propuestas por el mismo Marx, empeñado en identificar un reflejo de sus propias categorías en el terreno de los economistas. El intento de recuperación del análisis económico de Marx ("depurándolo de sus componentes histórico-filosóficos") por parte de gran número de economistas, y los esfuerzos por construir una "economía marxista" contribuyen a aumentar la confusión. ¿En dónde termina la teoría económica y en dónde comienza el pensamiento crítico?

Los autores de estas obras se ubican bajo un mismo techo: para ellos, la crítica de Marx no es una crítica de un economista a otros economistas. La obra de Marx es interpretada en términos de un análisis de las *condiciones de posibilidad* de una cierta manera de discurrir sobre la sociedad capitalista (la economía política); dicho análisis implica la determinación de los límites de ese discurso y (si todo marcha bien) sentaría las bases para rebasarlo. Lo que importa señalar es que no se trata de examinar la obra de un economista; pero al mismo tiempo, se trata de analizar un cuerpo teórico que ve en el discurso económico la manifestación más importante de la organización y práctica social del capitalismo. Si bien las categorías de Marx tienen que estar articuladas con las de la economía política, están diseñadas para explorar los límites analíticos (y aún epistemológicos) de esta disciplina. Este punto de vista va a normar la actitud de estos autores frente a los problemas tradicionales como el de la transformación de valores en precios de producción o la crítica marxista a la teoría ricardiana del valor; también anuncia cuál será el camino a seguir para hacer frente a la crítica que a partir de la obra de Sraffa se puede llevar a cabo de las categorías marxistas: lejos de intentar una recuperación positiva de la teoría de Marx, se requiere fundamentar su teoría del valor, lo cual implica un trabajo riguroso de crítica de la obra de Marx.

El problema de la transformación ha sido un punto neurálgico en las relaciones de Marx con la economía política. Desde que Engels lanzó su desafío a los economistas sobre la solución que Marx había encontrado al problema de la compatibilidad de la ley del valor y la uniformización de la tasa de ganancia, la investigación en torno a este problema se condujo por una vía en la cual la especificidad de las categorías de valores y precios en Marx se diluyó y se comenzaron a identificar a las de la teoría económica. No se trata de decir que Marx no haya propiciado esta confusión de sus conceptos, supuestamente imbuidos de un espíritu crítico, con los de las teorías que pretendía criticar; pero el prefacio de Engels al Libro II

del *Capital* colocó el problema en términos casi estrictamente ricardianos y sus "aclaraciones" sobre el proceso histórico que necesariamente acompañaba al proceso teórico de la transformación acabaron por sumergir el debate en un marasmo sin salida.²

Los dos primeros libros reseñados contienen extensos ensayos sobre este problema. (Además, *EC* reúne en una bibliografía comentada críticamente las principales contribuciones al debate, desde la crítica de Böhm-Bawerk y las correcciones de Bortkiewicz, hasta las formulaciones de Morishima.) El enfoque es el siguiente. A partir de los elementos que comparten los sistemas de valores y de precios de producción, es posible examinar en qué consisten las diferencias. Estos elementos comunes son los siguientes (en una primera aproximación):

- a) los productos son mercancías (o sea, es su intercambio en el mercado lo que garantiza su asignación en tanto que valores de uso sociales);
- b) son conocidas las cantidades de los valores de uso producidas, así como las cantidades necesarias a la producción;
- c) las cantidades producidas son por lo menos iguales a las requeridas por el sistema para la producción; y
- d) se fija la posibilidad de reproducción del sistema, lo cual implica para el sistema de precios de producción que el precio del producto neto en cada rama sea nulo o positivo; y para el sistema de valores, que el valor total producido sea superior al valor de los medios de producción utilizados.

De esta manera se pueden expresar matricialmente los dos sistemas como sigue. El sistema de precios de producción:

$$(1 + r) (Ap + wl) = p \quad (1)$$

en el cual A es la matriz de coeficientes técnicos, r la tasa de ganancia, l el vector de coeficientes de trabajo directo, w el salario y p el vector de precios.

El sistema de valores:

$$(I - A) v = T \quad (2)$$

en donde I es la matriz unitaria de cantidades producidas, v el vector de valores a determinar y T el vector de las cantidades T_i cuya suma es la cantidad de trabajo abstracto directamente incorporado en cada una de las ramas de producción.

El sistema de valores tiene por objeto determinar la expresión de los valores individuales de las mercancías como fracciones del valor total pro-

² Una historia detallada de los orígenes del problema se encuentra en la misma serie de publicaciones: Dostaler, G., *Valeur et prix*, PUG-Maspero y Presses de l'Université de Québec, 1978. (La referencia a la transformación como reflejo de un proceso "real" (histórico) se encuentra en el texto de Marx (Libro III); Engels escribió que si Marx hubiera podido revisar dicho texto, hubiera desarrollado ese pasaje —pero como indica Dostaler, también podía haberlo eliminado por completo.)

ducido (que es considerado como conocido). Esto implica necesariamente que la construcción de este sistema presupone la teoría del valor de Marx y por lo tanto no la agota. En cambio, es el sistema de la ecuación (1) el que *constituye* la teoría de los precios de producción.

A partir de un análisis de las condiciones de inteligibilidad de cada uno de los elementos comunes en el interior de cada sistema, los autores llegan al resultado siguiente. El elemento *a*) tiene un significado distinto en cada sistema: en el de valores, el concepto de mercancía es lo que permite dar un sentido a todo el sistema a través del concepto de trabajo abstracto; en cambio la noción de mercancía del sistema de precios de producción está totalmente contenida en él y adquiere un sentido pleno a partir del sistema de precios mismo.

El elemento *b*) no puede ser considerado como común pues en el sistema de precios de producción las l_i representan trabajos concretos que están homogeneizados por el salario (de tal modo que en última instancia sólo aparecen las cantidades de salario). En el sistema de valores los elementos T_i son ineliminables y sólo ellos permiten concebir la producción de valor. (Es precisamente la consideración de este elemento como algo compartido por ambos sistemas lo que conlleva la posibilidad de calcular los valores . . . a partir de los precios; o a calcular los precios sin pasar por el sistema de valores.)

En cuanto al elemento *c*) todo parece indicar que se trata efectivamente de un elemento común; pero para que pueda ser utilizado como vínculo que permita el paso de un sistema a otro, es indispensable considerar como equivalentes el trabajo asalariado del sistema de precios de producción y el trabajo (abstracto) del sistema de valores. Esto implica concebir a la matriz A y al vector T como una simple expresión *técnica* de las condiciones de producción: el trabajo socialmente necesario no sería otra cosa que la expresión de un sistema de cantidades físicas. Aún si esto fuese aceptado de manera provisional, la interpretación económica de este elemento no puede ser otra que la de definir las condiciones de existencia de un excedente; dichas condiciones no pueden explicar una categoría cuyo significado solamente puede expresarse en términos de valor. (En *EC* se incluye una crítica pormenorizada del significado de las condiciones de Hawkins y Simon y en particular del papel que juegan en el "Teorema Fundamental de Marx" de Morishima-Okishio.)

Finalmente, el elemento *d*) no puede constituir un elemento común pues en el caso del sistema de precios de producción se encuentra comprendido en el elemento *c*) y en una regla específica de distribución (uniformidad de la tasa de ganancia) que no comparte con el sistema de valores.

Al término de este análisis encontramos que los elementos "comunes" tienen significados enteramente distintos en cada sistema. También se identifican dos factores que son específicos de los sistemas analizados: la regla de distribución en el sistema de precios de producción y la categoría de trabajo abstracto para el de valores. Además, el hecho de que uno de los sistemas "agote" la expresión de los precios, en tanto que el otro "presupone" la de un valor global considerado como un dato, revelan la manera tan diferente como ambas construcciones deben ser interpretadas. (Lo anterior no es más que una manera de decir que en Marx la concepción de la mercancía no se restringe al ámbito del valor; en cambio la econo-

mía política no puede concebir la mercancía más que como una cierta *cantidad* de valor). La conclusión no debe entonces extrañar. No existe una vía que asegure el paso del sistema de valores al de precios de producción, a menos que se considere el sistema de valores como una especie de dato tecnológico. Pero precisamente en este caso todo el sistema de valores es perfectamente redundante. (Este tipo de concepción es lo que permite a autores como Steedman afirmar con tanto ahínco que el "método de cantidades físicas" hace redundante el cálculo en "valores", o por lo menos es imposible afirmar que el sistema de valores tenga una preponderancia lógica en el análisis.)³ El planteamiento del problema de la manera arriba resumida permite abrir líneas de investigación que rompen con el círculo vicioso que constituía el debate en torno a la transformación. Si el objetivo era el de demostrar que el significado teórico de los conceptos no es el mismo en Marx y en la economía política, estas tres obras lo alcanzan de modo riguroso a pesar de no dejar de tener limitaciones sobre las que volveremos más adelante.

Por otra parte, estos ensayos constituyen uno de los raros ejemplos por criticar desde un punto de vista marxista la estructura interna de la teoría de los precios de producción de Sraffa. El aspecto sobresaliente es el examen de la afirmación según la cual el sistema patrón está basado en la racionalidad del sistema de precios de producción. En *VR* y *EC* se señala que en realidad está basado en dicha racionalidad y en una hipótesis particular sobre los salarios. Dicha hipótesis está reñida con la concepción ricardiana (y clásica en general) del salario como formando parte del capital "adelantado"; para Sraffa el salario puede ser considerado como una parte del producto, o mejor, como una participación en el excedente y por lo tanto como siendo pagado *ex post factum*. Sobre estas bases, la ecuación (1) adopta la forma siguiente:

$$(1 + r) Ap = p - lw$$

de donde obtenemos

$$[I - (1 + r) A] p = lw. \quad (3)$$

La interpretación económica de esta expresión consiste en que el salario constituye una participación en el precio del producto neto, y las 1_i son una serie de elementos que definen la distribución de la masa salarial a lo largo de las líneas de la matriz A .

El problema estriba en que si se considera el salario como formando parte del capital adelantado (ecuación [1]) es formalmente posible construir un sistema patrón tal y como lo indica Sraffa; pero al variar el salario se modificarían las cantidades del sistema inicial o lo que es igual, se pasaría a un sistema diferente. Siendo imposible comparar dos sistemas con un mismo patrón (a cada matriz A corresponde un único sistema patrón), cuando varían las condiciones de la distribución no es posible examinar lo que sucede en el interior del sistema inicial. (En tal caso, lo único que se puede afirmar es que existe la posibilidad de comparar las proporciones

³ Véase Steedman, I., *Marx After Sraffa* (Londres, NLB, 1977).

producto neto/medios de producción de los dos sistemas patrón correspondientes, ya que dichas proporciones son independientes de los sistemas de precios.)

Estas modificaciones en las cantidades del sistema inicial son evidentes en el caso de considerar el salario como un vector de bienes salario. Pero cabe preguntar qué sucede si el salario se expresa en términos de un precio. La respuesta de estos vectores sigue siendo la misma: en este caso, poco importa si los trabajadores asalariados consumen o no la mercancía en cuyo precio se expresa el salario, las cantidades del sistema inicial se verán alteradas. Una de las razones aducidas es que la cantidad de la mercancía cuyo precio es tomado como unidad deberá variar. Sin embargo, es un hecho que aunque, la variable w es expresada en términos de un precio, el sistema de precios tiene que ser determinado antes de poder afirmar que las cantidades se modificarán. Por lo mismo no se puede indicar que por fuerza las cantidades del sistema inicial sufrirán cambios. Curiosamente tanto en *VR* (p. 129) como en *EC* (p. 29) los autores señalan que la expresión misma de “variación del salario” en este caso no tiene un significado preciso. Ahora bien, si no se requiere ninguna información adicional sobre el impacto de los cambios en w sobre las cantidades del sistema, se puede construir el patrón de medida tal y como lo concibe Sraffa. (Pero la ambigüedad que rodea la expresión del salario antes de determinarse el sistema de precios puede tener graves implicaciones para la teoría de Sraffa, en particular con respecto a la reproducción del sistema inicial.)

Otro aspecto de la crítica a Sraffa se relaciona con la homogeneización de los trabajos heterogéneos a través del salario. Con este procedimiento desaparece la noción de “trabajo” y sólo queda una masa de salarios distribuida, como ya se indicó, a partir de los elementos 1_i. De este fenómeno se deduce que la economía política clásica es incapaz de concebir una categoría que mantenga y dé un significado al concepto de trabajo. Como concluyen estos autores, dicho concepto no tiene un “*status teórico*” propio. Es otra manera de decir que la economía política no puede concebir al trabajo fuera del trabajo asalariado como ya lo observó Marx. Permanece abierto el debate sobre si se trata de la única manifestación económica del trabajo (o para decirlo de otra manera, si desde el punto de vista económico el trabajo no habla más que el lenguaje de las cantidades de salario); o si existe otra posibilidad de concebir al trabajo en términos económicos. Los ensayos aquí reseñados son una excelente introducción a este tipo de problemas y en general a una reflexión sobre la teoría del valor.

A partir del estudio de las relaciones entre Marx y la economía política se hace evidente la necesidad de desarrollar una serie de investigaciones sobre las principales categorías de la teoría del valor marxista. Así se presenta como inevitable examinar el significado del valor global T , al igual que las modalidades de su fragmentación en el vector v . En este sentido, *SR* concluye con sugerencias muy interesantes sobre el análisis crítico de algunos problemas presentes en la teoría del valor de Marx. Dicho análisis crítico es el requisito *sine qua non* para comprender la naturaleza y límites del discurso económico.

ALEJANDRO NADAL EGEA
El Colegio de México

CHARLES TILLY (Comp.). *The Demographic Transition: True or False?*, Historical Studies of Changing Fertility, Princeton, Princeton University Press, 1978, 390 pp.

Este libro es el resultado de una conferencia de tres semanas, en la cual fueron presentados y discutidos siete trabajos que habían sido escritos hace siete años. Contiene versiones revisadas de los siete trabajos, junto con una introducción detallada y una conclusión del editor. El que un libro se origine de esta forma no significa automáticamente que abre nuevos horizontes; ni siquiera que vale la pena leerlo. Pero éste es realmente valioso e innovador. Todos los trabajos contienen ideas nuevas, muchas de ellas importantes. El trabajo como un todo yuxtapone una amplia gama de perspectivas en cuanto a los comienzos de la baja de la fecundidad en Europa, y trata de ponerlas en forma tal, que las lecciones aprendidas del cambio demográfico ocurrido en la Europa preindustrial y de principios de la industrialización, puedan aplicarse a los países pobres de la época actual.

Tilly ha reunido economistas jóvenes pero ya conocidos (Easterlin y Lee), historiadores (Berkner y Mendels, Braun, Vinovskis y Wrigley) y un demógrafo (van de Walle), que no sólo son maestros en sus disciplinas respectivas, sino que la mayoría ha cruzado antes sus líneas disciplinarias; y aquí, bajo la influencia de Tilly, se esfuerzan aún más por ser interdisciplinarios. Dado que éste es el mejor trabajo de su tipo que se ha visto hasta ahora, las limitaciones que se mencionarán pueden aplicarse *a fortiori* a cualquier otro trabajo.

El libro tiene cierto grado de coherencia; la mayoría de los autores parecen haber leído los otros trabajos. Tenemos un marco de estudio desarrollado por Easterlin en uno de los primeros capítulos, y luego aplicado paso a paso en el estudio de Francia que hace van de Walle. Los análisis de sistemas de herencia que hacen Berkner y Mendels para Europa Occidental, se ligan como un todo a las demostraciones que hace Wrigley de los efectos de las variables aleatorias sobre la mortalidad. Ambos se complementan con el material presentado por Braun para el cantón de Zurich, que muestra el contraste entre la baja fecundidad del campesino, con la alta fecundidad de la industria doméstica rural. En la introducción y conclusiones, Tilly compara y muestra las diferencias de ideas con mucha efectividad.

No todos toman la misma posición. Como dice Tilly, en forma muy elegante, su propósito al comentar sobre los trabajos aquí presentados y sobre la literatura más amplia sobre demografía histórica, es "recorrer el territorio y ayudar al lector a establecer en qué parte del mismo se encuentran mis colaboradores, y no a tratar de llevarlos hacia una esquina de ese territorio". (p. 53.)

Easterlin muestra cómo la economía enfoca la reproducción humana desde el punto de vista de la demanda de niños, y la sociología desde el punto de vista de su oferta. Para el economista, lo que cuenta son los factores que hacen que las personas escojan niños en vez de otras cosas. El sociólogo, como Freeman o Petersen, se inclina más a empezar con la fecundidad natural y ver por qué, en la práctica, ésta se mantiene por debajo del máximo fisiológicamente posible. Easterlin hace una síntesis de los dos, en la cual la fecundidad actual es el producto de la fecundidad natural y

del grado de control de natalidad. A su vez, este control depende de lo que se percibe como exceso del número de niños y de qué tan aceptables y accesibles son los métodos de control. Luego plantea la pregunta del grado de fecundidad excesiva, en relación a la demanda. Y, por último, la demanda de niños dependerá de su utilidad, su costo y el ingreso de los padres.

En la síntesis de Easterlin hay una demanda excesiva de niños en la sociedad preindustrial y una oferta excesiva en la moderna; los sociólogos interesados en población se han sentido siempre más a gusto con las sociedades menos desarrolladas, al contrario de los economistas, que prefieren las más desarrolladas. La contribución más grande de Easterlin —los costos (en su mayor parte síquicos) de la anticoncepción— al incluirse en la ecuación, resultan en un equilibrio en el cual los padres tienen más hijos de los que desean.

Van de Walle construye con base en su previa recolección de datos departamento por departamento en Francia. La variación es muy grande. Manche, que tenía tasas de nacimientos bajas aún en 1800, muestra una fecundidad marital elevada combinada con matrimonios tardíos y proporciones altas de solteros. Por otro lado, Lot-et-Garonne combina matrimonios a edades muy tempranas, con fecundidad marital muy baja (p. 274). Por lo general en los departamentos con mortalidad elevada, la tasa de nacimientos es alta; en los departamentos más ricos es donde el control de natalidad ha progresado más. Estos dos factores —mortalidad e ingreso— parecen haber actuado de manera independiente; no hubo una correlación directa, que pudiera apreciarse, entre mortalidad e ingreso. Estas son también las variables principales en el primer intento que hace Lee, por explicar la fecundidad.

Para van de Walle, el descenso en la fecundidad de la nobleza francesa tiene una importancia que va más allá de su peso numérico. La meta del burgués era vivir como un noble, y la de las clases bajas, vivir como un burgués. Éste fue un elemento importante en la historia social de Europa Occidental, y en especial Francia, hasta muy entrado el siglo xx. Aun cuando la evidencia en la literatura del período no es muy confiable, como dice van de Walle, existe bastante evidencia estadística del descenso precoz en la fecundidad en la nobleza, y del descenso que ocurrió posteriormente en los otros estratos. La conclusión de van de Walle, de que es un proceso de difusión, parece ineludible. No podemos estar seguros de qué es lo que realmente se difunde —si es la meta de una familia pequeña o la técnica para obtenerla— pero es más probable que sea la meta, dado que los medios, típicamente el coito interrumpido, pueden fácilmente ser reinventados por cada usuario.

Cuando el dueño de la tierra es el que la cultiva ¿hay diferencia en la fecundidad, de acuerdo con la forma de herencia? El punto de vista clásico ha sido que la división de la tierra en partes iguales para cada hijo, era un incentivo indebido para casarse, y llevaba a fincas muy pequeñas, que traían consigo pobreza. La herencia para un solo hijo, un sistema que no admite divisiones, restringe y retrasa el matrimonio, a menos que (como en Québec durante la mayor parte de su historia) las oportunidades económicas fuera de la finca sean muy abundantes. Pero Le Play se opuso a este argumento y dijo que, al contrario, la división de la tierra entre los hijos

del campesino, en la forma en que se legislaba en la Revolución Francesa, aunque puede que estimulara el matrimonio, de todos modos traería consigo una fecundidad marital baja, porque el campesino trataría de evitar tenencias más pequeñas en la próxima generación. (p. 210.)

La evidencia de que se dispone no permite decidir, en general, sobre el efecto de la herencia divisible o no divisible; pero una cosa sí es clara: un sistema de propiedad privada estrictamente, con cualquier tipo de herencia de generación en generación y pocas oportunidades fuera de la finca, llevará a familias pequeñas. Por otro lado, un sistema de trabajo asalariado, o el tratar la tierra como propiedad comunitaria a la que todos tienen acceso, de acuerdo a sus necesidades, no ofrece incentivos para controlar la formación de la familia. Es probable que el sistema de tenencia individual del campesino en Europa, sea la consecuencia de que su fecundidad sea más baja que la de Asia en los comienzos de los períodos de desarrollo.

Antes de abrir el libro se podría haber apostado sin problemas, que la transición demográfica no podría soportar la avalancha de datos históricos. Cualquiera que trate de proponer una transición demográfica que comienza en el siglo XIX precedida por tasas uniformemente altas de natalidad y mortalidad, el descenso de la mortalidad que precede al descenso de la natalidad en esas curvas en forma de S suavizada de los diagramas de los textos, es probable que obtenga una reacción como "¿No ha visto el estudio de Blaschke de la Sajonia rural, del siglo XII al XVIII?" Si uno no ha oído del trabajo masivo de Blaschke (Tilly, p. 26), probablemente no sabría que los campesinos de Sajonia tenían un número relativamente pequeño de hijos, pero que los que trabajan en artesanías y en la incipiente manufactura rural, tenían muchos hijos.

Esto lo previó Braun en su estudio del cantón de Zurich, que se presenta aquí. En las áreas agrícolas, la tierra propia para la agricultura se dividía entre propietarios individuales. En estas áreas, un compromiso matrimonial no tenía carácter de entendimiento privado entre dos enamorados; su intención era más bien mantener la viabilidad económica de la empresa agrícola. Un campesino pensaría. "Mi finca puede alimentar uno, o a lo más dos hijos; los otros tendrían que permanecer solteros o buscar fortuna en otro lado" (p. 310). Incluso las tierras comunes debían ser usadas sólo por los miembros de la comunidad, y a veces habían reglas que prohibían la construcción de nuevas viviendas (p. 311).

En las áreas montañosas, en donde la protoindustria era la fuente primordial de subsistencia, las cosas eran muy diferentes; y también lo fueron en las áreas agrícolas cuando la pequeña industria comenzó a desarrollarse. Ahora el campesino podría decirse: "Tengo tres o cuatro hijos; cada uno recibirá un poco de pasto, por lo menos el suficiente para una vaca, y un poco de campo... El trabajo de la pequeña propiedad le dejará suficiente tiempo para ganarse lo demás a través de la manufactura" (p. 311).

Tilly (p. 37) tiene este punto en mente (la diferencia en la fecundidad del propietario y la del trabajador asalariado), cuando sugiere que una hipótesis de este tipo podría ayudar a dar cuenta de las grandes diferencias regionales en la fecundidad europea, antes de los descensos ocurridos en el siglo XIX. "La fecundidad relativamente baja de Italia, Francia, España

y Portugal, en épocas pre-modernas, puede deberse a una proporción alta de campesinos en relación al total. El conjunto tan grande de áreas de Europa Oriental con fecundidad alta, puede ser una consecuencia de la proletarianización precoz de la población rural en las grandes propiedades." Advierte que esto debe comprobarse con evidencias, pero sigue diciendo: "Otra pregunta que surge al seguir este lineamiento es cómo pudo haber descendido la fecundidad en el campo. La respuesta es que las oportunidades para el trabajo asalariado se redujeron."

Sin embargo, entre los resultados para Massachusetts presentados por Vinovskis (pp. 246 y 253), está la relación positiva más conocida, entre porcentaje de agricultores y tasa de fecundidad; ésta se manifiesta en general, tanto en los coeficientes de orden cero como en las parciales, cuando se toma en cuenta el impacto de las otras variables.

¿Cómo se explica la alta fecundidad en la protoindustria, y el descenso tan pronunciado cuando la industria se traslada a la ciudad? Es muy difícil imaginar cambios bruscos en el deseo de las personas de tener hijos; ni siquiera en el deseo de que los niños sobresalgan en este mundo. Lo que sí podría haber sido diferente en la ciudad, es la disponibilidad de servicios sociales. El trabajador agrícola no puede hacer mucho por preparar a su hijo para que suba en la escala social; el trabajador urbano, que está en una posición ligeramente superior, puede enviar a su hijo a una buena escuela si se controla un poco en sus gastos, y si no tiene muchos hijos.

Todos los que han escrito sobre el tema de población, de Marx en adelante, han sido ambivalentes hacia Malthus; y este libro no constituye ninguna excepción. Cuando hace su resumen, Tilly (p. 335) dice que los capítulos "llaman la atención hacia una variedad de arreglos sociales que mantuvieron un cierto balance entre incentivos y oportunidades de casarse y tener hijos, por un lado, y la capacidad de sostenimiento del medio ambiente, por el otro. La tendencia del libro es, pues, en contra de las teorías malthusianas, ideológicas y tecnológicas". En realidad, Malthus pasó cerca de treinta años viajando, leyendo y recolectando datos sobre los países de Europa, y las voluminosas ediciones de su Ensayo, de la segunda a la séptima, están llenas de ejemplos de cómo el matrimonio y otros fenómenos demográficos varían de acuerdo con la capacidad de sostenimiento de la tierra. Esto está bien sintetizado en la primera de las dos frases citadas arriba. Muchos escritores rechazan a Malthus en una sección y luego, sin darse cuenta, expresan como suyos algunos conceptos claramente malthusianos. Pero es poco común que se contradigan en dos frases consecutivas.

En el capítulo más sofisticado metodológicamente, Ronald Lee prueba la relación entre salarios y nacimientos, y dice: "Hemos encontrado apoyo para tres proposiciones malthusianas: rendimientos decrecientes, el control positivo y el control preventivo. Por lo tanto, estamos inclinados a aceptar el teorema catastrófico de Malthus: el progreso económico por sí solo no puede mejorar las condiciones del trabajo" (p. 203). Lee pasa luego a rechazar otras aseveraciones malthusianas, pero éstas no son tan importantes, y Malthus las tenía en común con otros economistas clásicos.

Rudolf Braun enmarca su discusión en los famosos controles positivos y preventivos. Malthus es el creador de todas las clasificaciones existentes de las variables que tienen que ver con el incremento de la población. Su

esquema es primitivo, pero sí especifica el control preventivo del matrimonio postergado, junto con el control positivo de la alta mortalidad. En lo que hoy en día parece ser una equivocación, clasifica el uso de anticonceptivos como un vicio, sin importar si es dentro o fuera del matrimonio, y lo pone dentro de los controles positivos. La enumeración de Malthus es tan breve y sus categorías tan amplias, que han servido como un estímulo para tratar de mejorarlas. Easterlin lo hace mucho mejor, en especial al separar los factores de demanda y de oferta.

Probablemente, el motivo principal para estudiar la historia demográfica de Europa en las primeras etapas de la industrialización, es el permitir a los países actualmente en vías de desarrollo el que aprendan un poco de la experiencia de los que ya pasaron por eso. Como dice Tilly, "El problema es todavía si, y cómo, los países pobres del mundo pueden recapitular la experiencia demográfica de los países ricos. Pero actualmente las interrogantes que imperan en la investigación son, *primero*, ¿cuáles son las condiciones bajo las cuales las parejas limitan activamente su descendencia? *Segundo*, ¿será cierto que la "modernización" produce estas condiciones en forma regular y confiable? *Tercero*, ¿hasta qué punto es factible (y cómo) que los gobiernos traten de reproducir estas condiciones?" (p. 21). Se dan algunas indicaciones para las primeras dos preguntas, pero ninguna para la última. (Nótese que Tilly, un sociólogo-historiador, refleja la controversia existente alrededor de la modernización, dejándola entre comillas; el economista Lee usa éstas y otras palabras relacionadas con el objetivo económico de progreso, sin ningún problema.)

El libro debería haber sido más comparativo de lo que es en realidad, si quiere tener mayores implicaciones en las perspectivas de los países del Tercer Mundo. Sabemos que las tasas de natalidad en la Europa del siglo XVIII eran más bajas que las que tiene Bangladesh en la actualidad; que los matrimonios se llevaban a cabo más tarde; que las tasas de dependencia eran mucho menores; que la población era menos densa; que la tenencia de la tierra era mucho más simple, generalmente propiedad privada de quien la trabajaba, y en donde las rentas excesivas y las medierías eran casi desconocidas. También sabemos que Asia tiene en la actualidad algunas industrias muy desarrolladas, de tipos que hubieran sido inconcebibles en el siglo XVIII, y que una proporción mucho más grande de la población vive en las ciudades. La lista de diferencias es muy larga y, sin embargo, si no se consideran es muy difícil que pueda transferirse esa experiencia.

El libro se acerca bastante a esa transferencia en su penúltimo párrafo (p. 349) en donde Tilly describe una posible serie, que va desde la sociedad campesina, a la proletarización, al "aburguesamiento". La proletarización tiende a incrementar la fecundidad; y en épocas recientes hemos visto casos, como en Jamaica, en los que la fecundidad se ha ido para arriba al primer impacto del desarrollo económico. Luego, dice Tilly, la adquisición de propiedad y la inversión en el futuro de los hijos, en todas las clases sociales, controla la fecundidad con mucho mayor fuerza que antes.

Tal parece que la proletarización del Tercer Mundo está ocurriendo a escala nunca antes vista, tanto en las ciudades como en el campo. El proceso involucra la separación de individuos y familias del lugar de origen, de subsistencia basada en la tierra, a una existencia marginal en industrias

a grande o pequeña escala, o en servicios. Al parecer la urbanización no trae consigo el descenso automático de la tasa de natalidad que se esperaría por la experiencia Occidental; algunos países del Tercer Mundo muestran muy poca diferencia en el tamaño de la familia entre la ciudad y el campo.

Esta consideración, por sí sola, haría que las perspectivas de un control de la población en los países en desarrollo, parezcan muy remotos a corto plazo. Pero la gran diferencia es que actualmente la alfabetización está muy difundida, y la interrogante es si la educación tendrá algún efecto que pueda sobreponerse a los otros factores. ¿Y qué hay del interés actual, tan claro, que tienen los gobiernos por reducir su crecimiento poblacional? Esta es muy diferente de la situación europea del siglo XIX. Si existe una lección histórica que aprender, sería tal vez que, si los esfuerzos de los gobiernos por apartar a la población de los métodos anticonceptivos, no funcionaron en Europa, así tampoco funcionarán los esfuerzos actuales por imponer el control natal. Pero esto no es muy convincente, porque hay otros factores, incluidas las técnicas modernas de anticoncepción —se necesita menos motivación para pasar del deseo a la acción de controlar nacimientos, cuando el método es la píldora y no el coito interrumpido.

Entonces resulta que, para poder sacar conclusiones del pasado, hay que preocuparse por la forma en que distintos factores se neutralizan unos a otros cuando sus efectos no pueden predecirse de antemano. Asia tiene en la actualidad más población fuera de la agricultura, y que todavía no es clase media, de la que tenía Europa hace dos siglos; esta condición intermedia no augura nada bueno para el control de la población. Por otro lado, la alfabetización es mayor, la presión de los gobiernos está encaminada correctamente, hay métodos anticonceptivos y, sobre todo, se tiene el ejemplo de los países ricos. ¿Cómo es posible que se neutralicen unos con otros?

Los autores de este libro han sido prudentes al limitarse y al prevenirse (Tilly, p. 52) “contra el esfuerzo de derivar una secuencia estandarizada para la transición demográfica, y de aplicarlo directamente a los países pobres del mundo actual, basándose en la experiencia de países individuales de Occidente”.

NATHAN KEYFITZ
Harvard University